

La Filosofía de la Historia de Andrés López de Medrano

JOSEPH MENDOZA

El ser humano desde siempre ha soñado y ambicionado con lograr el conocimiento acabado y total del ser último de todo cuanto existe. Los esfuerzos realizados en esa dirección han sido fallidos. En lo concerniente a esto la razón ha fracasado, lo cual es lamentable. Esto determina que las representaciones conceptualizadas de las realidades presentes, pasadas y futuras no sean, en todos sus detalles, más que aproximaciones relativizadas, que alborotan la razón y la mantienen suspendida en los fluidos vaivenes de sus brumosas incertidumbres y permanentes desasosiegos. La comprensión del pasado clarifica mejor nuestra visión del presente y del futuro. El presente guarda estrecha relación con el pasado y el futuro, y éste a su vez, tiene vínculos con el presente.

El pasado y el futuro no están totalmente desligados. Están mediados por el presente y se relacionan a través de él. Situados desde un presente contemplamos el pasado, lo indagamos, forjamos y proyectamos nuestra visión de futuro. Estudiamos y construimos el futuro desde el presente. Este lo reflexionamos a partir de sus propias circunstancias,

tomando en cuenta el pasado. Sin el pasado no es posible la comprensión del presente. El pasado es un ser universalizado y sustancializado por medio de sus propias particularidades que existen para sí en estrecha conexión y conforman el entramado de relaciones y cosas, abstractas y concretas, que le confieren la totalidad de sentido a la lógica histórica de su dinámica interior, exteriorizada en su no ser, negado en sí mismo, pero no para sí, ya que se absorbe y sumerge en su propia mismidad. Así permanece esencializada, agitando y provocando, con las contradicciones de su ser y no ser el en sí de la conciencia, la cual, aunque idéntica a sí misma, por sus cambios continuos, se sabe otra dentro de sí. Esto la preocupa, la angustia y le hace padecer el más terrible de los desasosiegos: la inquietud radical que le produce el saberse ignorante de su propia absolutez y fundamento último de la realidad.

El estudio del pasado presenta a la conciencia desafíos difíciles de afrontar. Por la totalidad de sentido que encierra su ser, el pasado histórico nos llena de incertidumbre, nos asombra, nos impone un diálogo permanente, cargado de interrogantes y situaciones problemáticas. La naturaleza laberíntica de su ser nos arrastra hacia la exégesis constante. Por esto tiene razón Georg Gadamer (2001, p. 45) al decir: «El diálogo que mantenemos con el pasado nos coloca en una situación frontalmente diferente de la nuestra -situación extraña, diríamos- y nos exige consecuentemente una limitación interpretativa». Esto significa que el diálogo que abrimos con



el pasado tiene que ser interpretativo. No puede ser dogmático ni cerrado. Debe estar animado y guiado por la razón crítica. La interpretación no ha de estar dislocada ni desorientada. Para que llene su cometido, debe estar situada y plegada en un horizonte determinado, justificado por distintos puntos de mira.

La perspectiva horizontal flexibiliza la interpretación, la desdogmatiza y la torna eficaz dentro de ciertos límites. Como diría Gadamer (2005, p. 375): «El horizonte es más bien algo en lo que hacemos nuestro camino y que hace el camino con nosotros. El horizonte se desplaza al paso de quien se mueve. También el horizonte del pasado, del que vive toda vida humana y que está ahí bajo la forma de la tradición, se encuentra en un perpetuo movimiento. No es la conciencia histórica la que pone en movimiento al horizonte limitador; sino que en la conciencia histórica este movimiento se hace consciente de sí mismo».

La dialéctica, el desplazamiento del horizonte, no implica el enclaustramiento del espíritu ni de la razón en límites interpretativos inflexibles y puntos de vista fundamentados en la ortodoxia. Para evitar confusiones sobre esto, Gadamer (2005, p. 375) aclara que la movilidad y desplazamiento del horizonte «no es ni empatía de una individualidad en la otra, ni sumisión del otro bajo los propios patrones; por el contrario, significa siempre un ascenso hacia una generalidad superior, que rebasa tanto la particularidad propia como la del otro. El concepto de horizonte se hace aquí interesante porque expresa esa panorámica más amplia que debe alcanzar el que comprende. Ganar un horizonte quiere decir siempre aprender a ver más allá de lo cercano y de lo muy cercano, no desatenderlo, sino precisamente verlo mejor en un todo más grande y en patrones más correctos». En cuanto a esto Gadamer está en lo cierto, ya que el horizonte interpretativo es fundamental para visualizar y lograr comprensiones acertadas, no sólo del presente y del futuro, sino también del pasado en toda su riqueza y complejidad.

El presente es lo que está latente, lo que está siendo en el ahora y el aquí. El futuro es lo que está por ser en el devenir, y el pasado, en término ontológico, es el ser de un presente negado por sí mismo en la temporacidad circunstancial y permanente del no ser. Los intérpretes del pasado, de la historia, es decir, los historiadores, tienen

ante sí la enorme responsabilidad de penetrarlo, estudiarlo y comprenderlo hasta donde sea posible.

El gran humanista y primer filósofo ilustrado de la República Dominicana, don Andrés López de Medrano (1814, pp. 30-31), concibe el arte crítico como una herramienta metódica que, entre otros propósitos, sirve para determinar la autenticidad y originalidad de los libros, los objetos históricos, los historiadores y los testigos de hechos acaecidos en determinadas épocas y circunstancias históricas.

Los historiadores, por la manera de abordar e interpretar el pasado, se clasifican en tres categorías fundamentales:

1- Los que no tienen formación y padecen la terrible enfermedad del dogmatismo. No son visionarios. No se renuevan. En lo esencial son tradicionalistas. Se pasan la vida repitiendo lo que otros dicen, sin importarle, en lo más mínimo, que sea correcto e incorrecto. Su preocupación principal: narrar y describir superficialmente los hechos históricos. Carecen de capacidad imaginativa, interpretativa y analítica. Carecen de rigor lógico. Su formación metodológica es profundamente deficiente. Por estas y otras razones, su nivel de comprensión de las situaciones, los objetos y tradiciones del pasado, es, a todas luces, frágil y exigua. No pueden afrontar los problemas que le plantea el contenido multivariado del pasado y sus características definitorias. El pasado le resulta muy pesado, no pueden con él. Las encrucijadas del pasado le quiebran el cráneo. Le revientan la memoria y le ahoga el pensamiento en sus incógnitas insondables. En vez de dominarlo, el pasado los domina a ellos; se los traga y los asfixia en las profundidades de sus propias confusiones, producidas por sus malos entendidos.

2- Los historiadores que gozan de gran preparación cognoscitiva para estudiar y comprender la lógica del pasado, pero por la falta de ética y conveniencia grupal ofrecen explicaciones deformadas sobre el pasado. Viven y se mantienen de la mala práctica de enfocar incorrectamente el pasado. Esta clase de historiadores le hace más daño que bien a la sociedad. Con sus explicaciones, llenas de subterfugios y verdades a medias, pretenden deformar la lógica del pasado. De ese modo contribuyen a la incomprensión del presente y el devenir.

3- Los historiadores dotados de talento, poseedores de amplia formación cultural, honda visión crítica, sólida preparación metodo-

lógica y profunda conciencia ética, son en verdad los más idóneos para navegar en las turbias aguas del pasado. A diferencia de los anteriores, este tipo de historiadores desprecian los intentos de falsear la verdad de los hechos. Su interés fundamental: contribuir con su talento y buena educación a la comprensión clara y objetiva de los acontecimientos del pasado; el comportamiento de sus instituciones, de sus actores y el sentido de sus tradiciones. Estos historiadores son responsables y auténticos. En vez de desmoralizar la historia, con su actitud la enaltecen, dignifican y prestigian. Por eso la tratan con delicadeza y realizan grandes esfuerzos investigativos e interpretativos, para entender la historia y proyectar una visión lo más certera posible de su ser. Sin duda alguna, estos historiadores perduran en el tiempo, gozan de mucha credibilidad; ennoblecen y enriquecen con su actitud bien intencionada, la profesión de historiador. Contrapuestos a ellos están los que sostienen que la historia no tiene razón de ser, porque ya está «muerta» y llegó «a su fin». ¡Cuán equivocados están los que piensan eso! Su concepción de la historia es irracional. Olvidan que el hacedor y protagonista de la historia es el ser humano. Mientras este exista habrá historia. Nadie está autorizado a decretar la muerte de la historia por meros caprichos e intereses ideológicos. La historia no morirá mientras exista el sujeto pensante. Los que niegan esto y al mismo tiempo abogan por el funeral de la historia, hace tiempo que perdieron la perspectiva del vivir y el soñar. Han hecho de sus cuerpos la tumba de sus ideas y pensamientos. Son desilusionados, atrapados en las absurdidades de sus conciencias, que desprecian la utilidad del pasado en la comprensión del presente. Vivimos el presente dentro y desde sí mismos. Desde su interioridad, visualizamos, juzgamos el pasado y nos figuramos el futuro.

El estudio y el manejo correcto del pasado es fundamental para situar y desarrollar nuestra vida desde la perspectiva de un presente mejor y un futuro más promisorio. Por la delicadeza que implica el estudio del pasado y su gran utilidad para ver mejor el presente, es conveniente vigilar sus intérpretes y valorarlos de acuerdo a sus méritos y manera de tratar la historia. Esto para López de Medrano es de capital importancia. Para juzgar y determinar los niveles de credibilidad y autenticidad de los historiadores asumió las siguientes reglas del arte crítico:

—«Primera, que se examine su ciencia, y probidad que se demuestre por su vida, por sus libros y por la congruencia de los hechos que narra» (López de Medrano, 1814, pp. 32). Como es obvio, esta regla encierra varios significados. Cada uno tiene en común vigilar y poner en claro la rectitud y la coherencia moral del historiador en el desempeño de su oficio. El historiador, en cualquier parte del mundo, es un ente social de gran importancia. Dependiendo cómo realice su labor, puede orientar positivamente o puede desorientar, generando confusiones de consecuencias negativas. Si asume con dignidad el ejercicio de su profesión, tendrá mucha credibilidad. Su voz será escuchada con atención. Sus investigaciones y sus obras serán fuentes de luz inagotables para conocer con amplitud el pasado desde las perspectivas y circunstancias del presente. En cambio, si es irresponsable en la práctica de su profesión, será poco confiable. Además de ser despreciado y tildado de charlatán.

Para saber si el historiador tiene dominio y visión crítica de su área, la referida regla, en primer término, plantea «que se examine su ciencia». Hacer esto es de gran importancia para estar al tanto de la concepción ideológica del historiador; saber cuáles son los niveles de su formación cultural y con qué intensidad los aplica en sus investigaciones sobre el pasado. Dicho examen también posibilita saber si el historiador es dogmático o sumamente crítico; si tienen o no rigor sus explicaciones o si los conocimientos que posee son pseudocientíficos, o, si por el contrario, gozan de rigurosa objetividad.

Si el historiador es dogmático, posee una formación muy débil y carece de las herramientas científicas indispensables, fracasará y desafinará en las interpretaciones sobre la historia. Si tiene sólida preparación y malas intenciones en el uso de los conocimientos, también estará expuesto al fracaso y al desprestigio. Por lo señalado, lo más conveniente e ideal. Por lo señalado, lo más conveniente e ideal sería que los historiadores, además de estar bien formados y especializados, estén llenos de buenas intenciones y siempre dispuestos a procurar el mayor grado de certeza en sus indagaciones e interpretaciones sobre el presente y el pasado, sin dejarse amedrentar ni acallar su voz; actuando permanentemente de cara al sol y colocándose por encima de los caprichos ideológicos e infantiles de aquellos sujetos que por egoísmos y conveniencias personales, les resulta más que favorables tratar de destruir, con afirmaciones y

concepciones deformadas, el sentido histórico del pasado y las leyes que lo determinan.

La mencionada regla también establece que la probidad del historiador se debe demostrar no sólo con la coherencia y la objetividad de su ciencia, sino en todos y cada uno de los actos de su vida, la verdad de sus libros y «la congruencia de los hechos que narra». Esto significa, más que nada, que el historiador debe ser consecuente con lo que dice y hace. Desde el punto de vista ético, su vida personal ha de estar de acuerdo con lo que escribe. Eso sería lo ideal. Mas no siempre sucede así. Hay historiadores cuya forma de vida es a toda prueba intachable y ejemplar, por marchar acorde con los principios y los fundamentos de la buena eticidad, que norman y orientan el comportamiento y las relaciones sociales. Sus libros, espejo de su alma, son un reflejo claro de su reciedumbre moral, modo de pensar, seriedad y responsabilidad en el estudio de la historia. Esos historiadores gozan de mucha estima y se les guarda gran respeto. Como no están ligados a intereses oscuros y no temen a nada ni a nadie, gozan de amplia libertad para analizar con profundidad los hechos históricos, para luego presentarlos, ya sea de forma oral o escrita, con la mayor transparencia posible. En cambio, otros historiadores, ligados a ciertos grupos de poder, ocultan la verdad de los hechos y llenan sus libros con narraciones y aseveraciones especulativas, completamente descabelladas. Tratan, por todos los medios disponibles, de aparentar una seriedad que no tienen ni podrían tener jamás. En vez de prestigio, cosechan mucha desconfianza en el seno de la sociedad. Los historiadores atrapados en la humareda polvorienta de la corrupción estarán inclinados a mentir, a confundir, con sus huecas y empobrecidas interpretaciones sobre la historia.

En esencia, la fuerza vital de los historiadores está no sólo en su buena preparación y formación metodológica; capacidad analítica e interpretativa, sino en la coherencia ética y cognoscitiva que exhiben en todo lo que hacen, dicen, piensan y escriben. Si llevan una vida limpia y transparente, así serán sus escritos y comportamiento frente al pasado. Pero si su vida es oscura y está corroída por la inmoralidad, en sus escritos reinarán la desobjetividad, falsedad y falta de claridad. Puede que digan algunas verdades envueltas en

narraciones amañadas, especulativas y distorsionadas. Les resulta más fácil mentir y hacer interpretaciones deformadas sobre los hechos. Haciendo eso no ponen en peligro su integridad física ni afrontan grandes riesgos.

—«Segunda regla, no son dignos de fe los que se dejan llevar por sus propias preocupaciones (o prejuicios) o por las del vulgo, o son indulgentes con algunas de las partes» (López de Medrano, 1814, pp. 32). Como se puede observar, el contenido de esta regla está conformado por tres significaciones básicas y sumamente diferenciadas entre sí. Una de ellas indica que no es conveniente dejarnos llevar por las preocupaciones del vulgo. Por estar sumergido en el atraso cultural y tener la conciencia alienada en los espejismos de las desilusiones, el vulgo, en vez de informar, desinforma y se deja arrastrar, sin la más mínima resistencia, por los impulsos de su pensamiento poco cultivado y aprisionado en miles de temores infundados. Los que aceptan sus opiniones y explicaciones, en la mayoría de los casos carentes de fundamento, se desacreditan. Pierden su credibilidad y no inspiran ninguna confianza. Ahora bien, esto no significa que haya que prestarle oído sordo. Debe ser escuchado en relación a los casos que convenga. Debemos hacerlo, no guiados por los instintos de la voluntad, sino actuando acorde con la fuerza de la razón y nada más.

En asuntos delicados y de trascendental importancia, el vulgo no puede dirigirse a sí mismo y, mucho menos, está en condiciones de orientar y conducir a otros por buenos senderos. No debemos dejarnos influir ni doblegarnos con sus presunciones y preocupaciones ingenuas. López de Medrano está de acuerdo con esta afirmación y la defiende categóricamente. Y tiene razón. Sin embargo, no la tiene cuando sostiene que no son dignos de fe los que son indulgentes con alguna de las partes. Esta aseveración es incorrecta porque niega la posibilidad de inclinar nuestra preferencia por alguna de las partes opuestas entre sí. En cuanto a esto resulta imposible mantener una postura indecisa y neutral.

Entre dos o más partes no es posible la indiferencia ni la neutralidad. Por necesidad lógica, es obligatorio inclinarnos por aquella **parte** que más nos apasione o con que nos identifiquemos y armonice con la verdad. Pretender que no es posible la elección de una de las **partes** es un absurdo. Siempre, ya sea por agrado o conveniencia,

seremos indulgentes con aquella parte que sea de nuestra simpatía. Negar esto constituye una clara muestra de ilogicidad. Como también lo es decir que no son dignos de fe aquellos que se dejan llevar por sus preocupaciones y prejuicios. Esta afirmación, extremadamente racionalista e irracional, desconoce y niega las estrechas conexiones que existen entre el sujeto y sus prejuicios.

El sujeto totalmente desprejuiciado no es posible que exista. Consciente e inconscientemente todos tenemos uno que otro prejuicio. Claro, no en la misma proporción. Hay sujetos con mayor cantidad de prejuicios que otros. Los adquieren por diversas vías y variados motivos. Los prejuicios se arraigan en nosotros a causa de los temores, las confusiones, las incomprendiones, las dudas infundadas y los límites profundos de la razón. De ahí que sea un gran prejuicio ignorar y negar nuestros prejuicios. Nuestra vida se desarrolla en medio de prejuicios y creencias. Todos, de alguna manera, asumimos determinadas creencias. Vivimos y nos realizamos creyendo. Aquellos que postulan la no creencia son, sin darse cuenta, fervorosos creyentes, ya que hasta el no creer no deja de ser una creencia radical. Descreer lo creído es un absurdo. La creencia se cree a sí misma, creando y recreando, sin desconfiar de su creencia. Por eso no es descreída y vive para sí creyendo en su propio creer. Si yo no creo, es porque creo en mi no creer. Y si creo, es porque no descreo mi creencia y la creo no creída. En esencia, creer y no creer, de cualquier manera, es simplemente creer que se cree.

Cuando nuestra creencia es imaginaria, está desfundamentada; pero si está debidamente fundamentada tiene fuerza de veracidad. Existimos, no solamente para realizar nuestro proyecto de vida, sino para creer en algunas cosas y descreer en otras. Sin las creencias seríamos seres aburridos, con una existencia trágica y vaciada de sentido. Creemos y nos aferramos a ciertos conocimientos. Los defendemos radicalmente y nos prejuiciamos con ellos. Por su fragilidad natural, todo ser humano vive atado a determinadas creencias.

Nuestra condición de sujeto existente y vivencial no significa simplemente ser algo que está ahí. Somos más que eso. Más que pasivos, somos entes activos, forjadores de sueños alcanzables e inalcanzables y conscientes de afrontar nuestra existencia como extremadamente

problemática. En nuestro vivir nada está resuelto; todo está en vía o pendiente de solución. Existir es un problema generador de otros tantos problemas e inconvenientes, que hacen cada vez más incómoda la convivencia con el otro. De más en más, existir implica un hacer permanente para tratar de afrontar el enorme desafío que significa el diario vivir para nosotros y los demás.

Vivir es no sólo estar frente a frente con nosotros mismos, sino estar haciendo lo conveniente para no perecer en medio de los sobresaltos circunstanciales. Hacer significa tener que estar ocupado. Y toda ocupación, de uno u otro modo, quierase o no, produce mucha o poca preocupación, dependiendo del caso o el quehacer de que se trate. Las preocupaciones están enraizadas en el ser y no ser de nuestra vida. La más grande preocupación: luchar para no dejar de existir y ser cada vez más lo que somos. Hacemos esto, claro está, tomando en cuenta nuestras limitaciones naturales, sin olvidar que no podemos llevar a cabo nuestra vida asumiendo una actitud indiferente y completamente despreocupada de todas aquellas preocupaciones que nos presenta a cada instante la dura encrucijada del vivir.

Las preocupaciones, unas más que otras, afectan nuestra conciencia; la mantienen distraída y enteramente ocupada. Nadie puede deshacerse de sus preocupaciones. No es posible el sujeto desocupado y despreocupado. Todos estamos ocupados en tales o cuales ocupaciones. Cuando pretendemos estar despreocupados, precisamente es cuando nos sentimos más preocupados. Al igual que los prejuicios, las preocupaciones están latentes en nuestro ser. Más sin embargo, despreciamos algunas y aceptamos otras.

Las preocupaciones y los prejuicios forman parte esencial del sentido de nuestra existencia. No podemos despojarnos de ellos de manera total. En nuestras investigaciones siempre están presentes. Son la antesala del saber y el no saber. No todos tienen el mismo grado de validez. Algunos tienen mayor credibilidad que otros. Rechazamos algunos y aceptamos aquellos que influyen de manera determinante en nuestras emociones. De ahí que se piense que es un gran absurdo la pretensión de echar a un lado nuestros prejuicios y preocupaciones. Consciente e inconscientemente, nuestra inclinación por algunos de ellos parece ser inevitable. Pensar que se puede hacer todo lo contrario, es un prejuicio desfundamentado y alejado

de todo saber certero. Por eso hay quien se atreve a decir que los que procuran desprejuiciarse son los más ocupados y preocupados en sus prejuiciaciones.

De ahí que se pueda decir, sin temor a equivocación, que los que procuran desprejuiciarse son los más prejuiciados y preocupados. No se dan cuenta, por su estrecha visión, que la lucha por despreocuparse es una gran preocupación. Son dignos de poca fe los que niegan esto y tratan inútilmente de disimular sus preferencias por sus prejuicios y preocupaciones, propias de su existir en este aquí y este ahora.

—«Tercera, los autores contemporáneos han de ser preferidos a los extranjeros y antiguos y cuanto más disten de aquella época menos fe se le ha de otorgar» (López de Medrano, 1814, pp. 32). A simple vista, esta regla parece correcta, pero cuando la reflexionamos con serenidad y hondo espíritu crítico, nos damos cuenta de que su sentido real no está expresado con la debida claridad, por lo cual su comprensión resulta un tanto dificultosa. La falta de claridad se debe a que no se especifica con precisión en cuáles aspectos y circunstancias los autores contemporáneos han de ser preferidos a los extranjeros y antiguos. Pudiera creerse por esto que López de Medrano tiene plena fe y confianza en los autores contemporáneos. Los considera con mejor visión; más nivel crítico y más avanzados que los antiguos y extranjeros en materia de investigación y en lo relativo al conocimiento en sentido general.

Cada época posee sus características, sus circunstancias, su entramado de relaciones sociales, así como su propia lógica de ser que le permite funcionar de una manera determinada. Esto la legitima y le confiere un sello inconfundible a su fisonomía estructural-constitutiva. No ha existido, ni podrá existir una época que sea, en lo esencial, semejante a otra. Se pudieran parecer y tener unos que otros rasgos coincidentes y aspectos relacionantes, pero nunca serían iguales, hasta el extremo de confundirse la una con la otra. Es imposible que eso suceda.

Toda época es idéntica así misma, en tanto encierra una variedad de sentidos, enraizados en un contenido multifenomenico, condicionado por la lógica dialéctica de un espacio-tiempo definido con factores de carácter objetivo. Su estudio y comprensión en lo fundamental, deben estar remitidos a ella misma; es decir, han de tener como punto de partida la época con sus particularidades y

múltiples facetas. Esto no significa, de ningún modo, que tengamos que encerrarnos en la época, hasta el extremo de quedar atrapado en su propio ser. Esto debe ser evitado para no hacer enfoques unilaterales y absurdos, que implican y reproducen directamente la estrechez de horizonte en los análisis interpretativos que tentativamente procuran comprender el ser total de cualquier época histórica. Aunque penetremos las entrañas de la época, no debemos enterar nuestro pensamiento y nuestra imaginación. Tenemos que alzar nuestro vuelo intelectual y reflexivo más allá de ella, trascendiéndola y juzgándola con la debida profundidad y flexibilidad lógica. Incluso, tomando en cuenta sus propios antecedentes y los de épocas anteriores.

Por más original que sea, toda época ha sufrido la influencia, en menor o mayor medida, de las épocas precedentes. Aunque distintas, las épocas no dejan de tener elementos, aspectos y vasos comunicantes entre sí. La época contemporánea no puede ser entendida desde el estudio de sí misma y sin tomar en cuenta el pasado antiguo. La ruptura total entre épocas diferentes no es posible. Se dan negaciones entre sí, pero no rupturas definitivas. En el ser de una y otra existen vínculos continuos, hilos conductores, influyentes en la logicidad de su modo de ser. La época contemporánea aprende de ella misma y de la época antigua. Para realizar estudios de los tiempos antiguos es conveniente tomar en cuenta los avances de la época contemporánea en diferentes ámbitos del saber. Ambas épocas tienen sus virtudes e imperfecciones. Una y otra, en diversos aspectos, presentan ciertas ventajas y desventajas. No obstante, en los estudios de los hechos contemporáneos es necesario preferir los autores de esa misma época, siempre y cuando sean prudentes, certeros y honestos en sus interpretaciones. Cada época tiene sus propios intérpretes ¡Y quién mejor que ellos para explicarla! La antigüedad cuenta con sus intérpretes y la época contemporánea también. Hay tener bien claro en torno a cuáles cosas nos inclinamos por los antiguos con respecto a los autores contemporáneos: y a la inversa, en cuáles aspectos y circunstancias preferimos a los autores contemporáneos en vez de los antiguos. Lógicamente, esto ha de ser tomado en cuenta para no cometer el grave error de preferir con ciega pasión los autores de una época determinada. Precisamente,

esto fue perdió de vista López de Medrano. Al parecer no pudo apreciar toda la riqueza cultural producida por los autores antiguos. Por eso prefirió a los escritores contemporáneos. No visualizó la relación entre la época antigua y contemporánea. Consideró superior lo contemporáneo frente a lo antiguo. Lo hizo sin establecer justificaciones válidas al respecto.

En cuanto a la preferencia por los autores contemporáneos con respecto a los autores extranjeros no se observa claridad alguna. No especificó con pulcritud los motivos de esa preferencia. Lo que afirma sobre esto en su significado permanece trunco y en suspenso por no estar debidamente fundamentado con argumentos sólidos. Habría que ver en qué condiciones y circunstancias históricas los autores contemporáneos tendrían que ser aceptados y estimados más que los extranjeros. Como López de Medrano no ofrece una explicación convincente sobre esto, se podría creer que los autores de un mismo país (que comparten los avatares de una misma época) tienen mayor autoridad para hablar con propiedad de las condiciones materiales y espirituales de dicha época, más que cualquier autor extranjero. También se puede entender que los autores contemporáneos deben ser preferidos a los autores que sean extraños a la época contemporánea por el hecho de estar bastante alejado de la misma. Igualmente se podría pensar que los autores contemporáneos que viven e interpretan los hechos de su país deben ser preferidos a los autores extranjeros, sin importar que éstos estén radicados, estén de paso en dicho país o puedan estar fuera del mismo. Sobre esto no se puede saber con precisión lo que quiso expresar López de Medrano. A lo mejor con esta falta de transparencia trató de enfatizar su inclinación por los autores contemporáneos en relación con los autores antiguos. En lo fundamental, esta parece ser la intencionalidad más atinada de lo pensado por López de Medrano sobre la época antigua y contemporánea.

-«Cuarta, el escritor que adultera la verdad pierde todo poder feaciente, y otro tanto acontece a los que ponen pasión en lo que narran, y los que son demasiados cuidadosos en el estilo (apegados y preocupados por la forma)» (López de Medrano, 1814, pp. 33). Evidentemente que el contenido de esta regla es sumamente variado, por el hecho de englobar y presentar tres afirmaciones principales. La primera establece: el escritor que adultera la verdad pierde todo

poder fehaciente. Ciertamente, el escritor que falta a la verdad se desacredita. En esto López de Medrano tiene la razón. Ahora bien, no la tiene cuando deja entrever que la verdad puede ser distorsionada. Esta creencia suya es incorrecta, ya que ningún escritor, por más que lo quiera, está en condiciones de modificar y falsear la verdad. Es imposible que lo haga. Lo correcto y lógico es decir que los escritores que dan explicaciones distorsionadas son dignos de poco crédito. La verdad existe en sí y para sí con independencia de nuestro pensar. Ella siempre ha existido por sí misma. No está sujeta a nuestra voluntad. La verdad tiene su propia esencialidad. Es dependiente de sí. Se basta a sí misma. Afecta la conciencia. Sin embargo, ésta no puede transformarla ni distorsionarla a ella. La verdad es inmodificable. Es lo que es y no puede ser otra cosa. Por eso, no es posible que pueda ser cambiada en ninguna de sus partes. Nunca la verdad ha sido distorsionada ni falseada, pero sí se han realizado y se realizan todavía interpretaciones incorrectas y distorsionadas sobre la misma.

La segunda afirmación expresa que los escritores «que ponen pasión en lo que narran» pierden toda credibilidad. En cuanto a esto, de ningún modo se puede asumir una postura radical. Es conveniente ser lo más flexible posible para saber, con precisión y claridad, cuando la pasión puede o no perjudicar al escritor a la hora de explicar un hecho. El escritor no puede congelar, en lo más hondo de sí, los ímpetus de las pasiones. Por más que lo procure, no dispone de la voluntad necesaria para desapasionarse. No está en condiciones de deshacer de su sensibilidad los soplos inevitables de las emociones. **En su** calidad de ser humano, el escritor es un compuesto de carne y conciencia. Por la sensibilidad de la carne experimenta las pasiones y mediante la conciencia determina el ser de cada pasión, la clasifica, desnuda su sentido y señala sus características. El ser humano es el único ser consciente de sus pasiones. Por eso, más que cualquier otro ser viviente, puede dar fe y testimonio de ellas.

Para escribir, es necesario sentir el impulso vital de las pasiones. Resulta imposible soportar los tormentos dolorosos de la práctica escritural sin la ternura de la pasión. El escritor sabe que no es posible desligarse de sus pasiones. Por eso vive y escribe con pasión, ya sea para defender la mentira o la verdad. Los que escriben a favor de la mentira lo hacen con pasión; y los partidarios de la verdad, la

resaltan y defienden con entera pasión. El escritor auténtico goza de buena reputación, aunque ponga mucha pasión en lo que narra. Cuando describe y defiende la verdad con gallardía se consagra en la conciencia social como un símbolo de respeto y admiración.

Después de esta aclaración, valoremos ahora la tercera afirmación, cuyo sentido indica claramente que los escritores «que son demasiados cuidadosos en el estilo (apegados y preocupados por la forma)» pierden todo poder fehaciente. Esta afirmación es falsa de toda falsedad. Un escritor no se desprestigia porque sea sumamente cuidadoso con su estilo de escribir. El escritor que se respeta a sí mismo y a su público, no escribe con descuido, sino que lo hace con elegancia y fluidez. Corrige mucho para lograr el mayor grado de perfección en todo lo que escribe. Los que escriben bien son obsesionados y guardianes celosos con la forma de la escritura. Usan las palabras necesarias, con precisión, pulcritud y elegancia. Existen otros escritores cuyo estilo es bastante descuidado, lo cual es una muestra de falta de conocimiento y habilidad en el manejo de la lengua. Corrigen poco. Nada más están interesados en lo que dicen, pero no en el buen decir. Aunque estén del lado de la verdad, esos escritores tienen poca fuerza persuasiva y no despiertan el interés de los lectores. Ocurre todo lo contrario, con aquellos que son muy apegados y se preocupan en demasía con su estilo de escribir. Cuando en sus escritos defienden la verdad, gozan de una vigorosa fuerza sugestiva, que estremece la sensibilidad, atrapa el gusto y seduce la razón. Estos escritores fortalecen y ensanchan su prestigio.

Ahora bien, existen escritores irrespetuosos e inmorales, que al disponer de pocos datos adornan sus escritos con abundantes palabras de carácter metafórico. Son imprecisos y pocos sintéticos. Ahogan sus débiles y escasas ideas en un confuso mar de palabras. Desde luego, esto en vez de generar claridad y aclarar dudas, produce un saltar de incomprendiones absurdas, que no hacen otra cosa que alejar el entendimiento de toda verdad. Los que escriben de ese modo se desacreditan y pierden todo poder fehaciente.

En definitiva, el escritor no se desmoraliza y pierde credibilidad porque cuide su estilo con honda pasión. Más que otra cosa, se deshonorra cuando falta a la verdad y escribe con falta de rigor lógico. Si defiende la verdad, importa mucho que el escritor tenga un estilo preciso y

depurado. Pues es harto sabido, que la verdad bien dicha penetra con mayor hondura la razón y el corazón, y se hace inolvidable.

-«Quinta, para dar asentimiento a cualquier relación histórica debemos tener en cuenta la cualidad y dificultad del hecho (histórico), la prudencia de los testigos, la edad, el tiempo, distancia de los lugares en que se escribieron y la conformidad de todas las circunstancias; observadas todas estas cosas se ha de dar o emitir juicio hacia donde se incline la balanza y esta es la regla matemática para apreciar las cosas según la fe humana (testimonio de los hombres)» (López de Medrano, 1814, pp. 33). El contenido de esta regla es un tanto complejo porque aborda distintos aspectos y elementos con significaciones propias. La distancia y el lugar, así como el conjunto de circunstancias en que aparece la relación, son esenciales para la comprensión profunda de todas las particularidades y significaciones de ésta. El ser de la relación está estrechamente vinculado a la historicidad de determinadas circunstancialidades, que implican el sentido de los lugares y las distancias de una realidad epocal determinada. El conocimiento profundo del lugar donde se gestó la relación histórica, es de gran importancia para determinar los intereses en juego, las condiciones materiales y espirituales que le dan razón de ser y las características que la definen. Si en el lugar predominaba el autoritarismo, el temor y la falta de libertad de expresión, la relación histórica pudo haber sido afectada, ofreciendo una visión falsa sobre los hechos. También es necesario determinar la cantidad de sujetos presente en el lugar, así como los niveles de control que algunos de ellos pudieron haber tenido sobre la relación. Saber quiénes la dominaban contribuye, en **gran medida**, a precisar las personas que ella defendía o atacaba. Como hemos dicho, es conveniente especificar con claridad meridiana, la distancia y todas las circunstancias presentes en los instantes en que se relató la relación. Las circunstancias se analizan por separado y luego se comparan entre sí con el fin de establecer sus diferenciaciones y niveles de coincidencias. Esto permite tener plena conciencia sobre las circunstancias que más influyeron en la estructuración de la relación, y a la vez determinar si fue o no pertinente la distancia desde la cual fue posible concebir la intencionalidad de la relación. Cuando la relación ha sido estructurada desde un lugar muy distante o donde se produjeron los acontecimientos, existe la posibilidad de que tenga

muchas fallas e imprecisiones, por la falta de datos suficientes; pero si ocurre todo lo contrario, la relación histórica puede gozar de buenos niveles de confiabilidad. Esto así, porque siempre se podría escribir mejor desde la realidad misma en que se produjeron los hechos. Se interpretan, se describen y se escriben con mayor propiedad y precisión, aquellos hechos y circunstancias que inciden con intensidad en nuestra existencia. Aunque pudieran presentarse algunas dificultades, hasta cierto punto, resulta mucho más fácil pensar y escribir la realidad en que transcurre nuestra existencia. En cambio, siempre ha sido difícil y lo seguirá siendo aún, escribir sobre realidades que estén muy distantes de nosotros, es decir, del espacio-tiempo en que estemos viviendo. De esto no cabe la menor duda. Mientras más distante sean las circunstancias y el espacio-tiempo en que se redactó la relación, resulta más complicada comprender a plenitud las intencionalidades latentes y ocultas en toda relación.

Veamos ahora la cualidad, vinculada al ser lógico de la relación. La cualidad, en lo esencial, tiene que ver con la significación lógica del hecho. En tanto se produjo en un tiempo presente, el hecho trasciende la voluntad de nuestra conciencia, y encierra el en sí y el para sí de su tiempo presente. Esta poseído de todo su ser. Los instantes de su temporalidad están despojados de toda vaciedad de sentido. Por eso su ser histórico no se destempe. Es presente y pasado de sí mismo. Existe en sí y para sí dentro de una presencialidad vigente dentro de sí; indestructible y sin posibilidad alguna de sufrir cambios sustanciales en su fundamento y contenido propio. El hecho histórico es lo que es y no puede ser cambiado ni transformado. El hecho es un pasado tan sólo para nosotros, que lo estudiamos y observamos desde un presente. Por esta razón es imposible la coincidencia plena de la intencionalidad de nuestro pensar con el sentido pleno del pasado. Muchas cosas significativas del pasado, por la distancia que nos separa de él, son impensables por nuestro pensar.

Las cualidades del hecho nos comprometen a desmenuzar todo su contenido para conocer sus partes y las relaciones lógicas y accidentadas que se dan entre sí. De este modo se puede explicar el valor real de su ser. Ahora bien, desde el punto de vista axiológico, su valor absoluto no le es dable a nuestra razón. Esto se debe a que estamos imposibilitados de abstraer todos los sentidos de las propiedades y

particularidades que conforman el hecho y lo justifican en su misma. El estudio de la cualidad del hecho histórico y de su logicidad nada más nos puede dar una visión lo más aproximado posible a su esencia, pero no permite saber en todos sus detalles la totalidad de sentidos que encierra todo el esplendor y el contenido del hecho.

Los hechos históricos poseen cualidades visibles e invisibles. Desde luego, las invisibles son más. Su estudio resulta complicado. Por los niveles de complejidad que presenta su contenido, unos hechos son más difíciles de estudiar e indagar que otros. También lo son por la escasez de datos y por la abundante literatura falsa que puede existir en su contra, así como los intereses ideológico-políticos envueltos en la misma. Esto quiere decir que todos los hechos en sí son bastantes engorrosos y perplejos. Los niveles de contrariedad y dificultad implícitos en un hecho, pueden ser reducidos hasta cierto punto, pero no de manera total. La dificultad no puede ser superada de manera total porque el hecho tiene muchos elementos ocultos. El mismo podemos estudiarlo no desde sí mismo, insertándonos en su esencialidad última, sino instalados en el contexto de nuestro ser presente.

El presente-pasado está enredado en muchas dificultades. Su sentido es finito e infinito. Algunas de sus dificultades las superamos, pero otras las agrandamos, las oscurecemos y aclaramos desde la perspectiva comprensiva e incomprensiva de nuestra capacidad interpretativa.

La edad y la prudencia de los testigos, según López de Medrano, es importante. En lo que respecta a la edad, el testigo, dependiendo de la naturaleza y la complejidad del hecho, no pueden ser demasiado jóvenes, ya que pueden ser persuadidos o atemorizados. Tampoco es conveniente que sea demasiado viejo, debido a que puede tener poca lucidez mental. Cuando el testigo tiene demasiada edad es posible que sea persuadido, al no estar en condiciones de resistir la fuerza de los argumentos. Aunque se puede dar el caso excepcional de que un testigo de edad avanzada mantenga bien conservada su salud mental. Sea lo que sea, los testigos con la memoria marchitada por el paso del tiempo, no son convenientes para contribuir positivamente en la elaboración de una buena relación histórica. Algo similar ocurre con el testigo joven que posea una mente frágil. Sin duda alguna, los dos extremos son malos. Lo más atinado es que los testigos tengan una madurez espiritual considerable que le permita discernir con serenidad la lógica

de los hechos, así como poder explicarlos con claridad y seguridad. Ha de hacerlo sin temor ni temblor, actuando acorde con los preceptos y principios básicos de la ética y la buena moral.

Otro elemento fundamental que ha de observarse en los testigos lo es la prudencia. Los que no la tienen especulan, exageran y son desordenados en el hablar. Son tan desaprensivos y poco cautos en sus enjuiciamientos que, en la mayoría de los casos, son muy dados a decir lo que no es. La prudencia, en todo caso, es muestra innegable de sabiduría. El testigo prudente es sereno y cuidadoso en sus razonamientos. No reflexiona después que habla. Todo lo contrario: piensa bastante antes de pronunciar sus palabras. Esto no significa que siempre actúe apegado a la verdad. Un testigo puede ser prudente en el momento de defenderse. O puede, de manera consciente y malintencionada, dar explicaciones falsas sobre la verdad de los hechos. Podría defender sus absurdidades con ingenio y extremada cautela. Esto evidencia que para que un testigo sea honesto consigo mismo defendiendo la verdad, no basta con que sea prudente. Para que sea honesto consigo mismo y los demás, el testigo, además de la prudencia debe sentir respeto y honda pasión por el bien, la ética y la verdad. Debe tener el coraje necesario para defenderla. Sin moral, la prudencia es peligrosa y con moral resulta bastante poderosa. El hablador prudente sabe disimular sus mentiras, mientras que el imprudente se delata prontamente. A la larga, el mentiroso que es prudente también es desnudado en el rejuego de sus falsaciones. El testigo prudente y mentiroso, tiene suficiente valor para despreciar la verdad. Mientras que el testigo prudente y serio, si no tiene coraje puede ser engatusado y sobornado por los defensores de la mentira. Ahora bien, si el testigo prudente es consciente de sí y posee mucha valentía, defenderá la verdad a cualquier precio, aunque le cueste la vida.

López de Medrano confió plenamente en esas reglas del arte crítico. Las consideró de mucha utilidad en los enjuiciamientos críticos y valorativos sobre el comportamiento teórico-práctico de los historiadores frente al pasado. Según su parecer, dichas reglas constituyen una guía idónea para detectar las malas intencionalidades de los historiadores irresponsables y chapuceros que procuran encubrir la verdad de los hechos. También, a juicio de López de

Medrano esas reglas sirven para poner en claro la objetividad de aquellos sujetos que tratan de hacer comprensible el pasado no sólo para sí, sino para los demás. De ahí que López de Medrano estime que esas reglas son positivas y correctas en los procesos de indagación y comprensión de la conciencia histórica, ética y epistémica de los historiadores.

En definitiva, pensó que mediante la aplicación creativa de tales reglas, se puede determinar cuándo los estudiosos del pasado son inmorales y cuándo no lo son, y en qué medida están comprometidos con la verdad, la eticidad y los fundamentos teóricos que orientan y estimulan los procesos científicos de las investigaciones históricas y la infinitización del pasado.

Bibliografía

- Aristóteles (1992), *Tratados de Lógica* (El Organon), Bogotá: Ediciones Universales.
- Aristóteles (1995), *Tratados de Lógica* (Organon) II: Sobre la interpretación- Analíticos Primeros- Analíticos Segundos, Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles (2000), *Tratados de Lógica* (Organon) I: Categorías-Tópicos- Sobre las Refutaciones Sofísticas, Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles (2007), *Retórica*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bacon, Francis (1984), *Novum Organon*, Barcelona: Ediciones Orbis.
- Bacon, Francis (1985), *La Gran Restauración*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bonnot de Condillac, Esteban (1960), *Lógica*, Madrid: Ediciones Aguilar.
- Bonnot de Condillac, Esteban (1963), *Tratado de las Sensaciones*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Campillo Pérez, Julio Genaro (1999), *Dr. Andrés López de Medrano y su Legado Humanista*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia.
- Descartes, René (1966), *Discurso del Método y otros Tratados*, Madrid: Biblioteca Edaf.
- Descartes, René (1994), *Reglas para la Dirección del Espíritu*, Madrid: Alianza Editorial.

- Dilthey, Wilhelm (1986), *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, Madrid: Alianza Editorial.
- Gadamer, Hans-Georg (2001), *El Problema de la Conciencia Histórica*, Madrid: Ediciones Tecnos.
- Gadamer, Hans-Georg (2005), *Verdad y Método*, Tomos I y II, Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Gadamer, Hans-Georg (2007), *El Giro Hermenéutico*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- Heidegger, Martín (1980), *El Ser y el Tiempo*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Hegel, Federico (2005), *Filosofía de la Historia*, Buenos Aires: Claridad.
- Kant, Emmanuel (2004), *Filosofía de la Historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Locke, John (1956), *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, México: Fondo de Cultura Económica.
- López de Medrano, Don Andrés (1814), *Lógica. Elementos de Filosofía Moderna Destinados al uso de la Juventud Dominicana*, Santo Domingo: Imprenta de la Capitanía General de Santo Domingo.
- Sartre, Jean-Paul (2004), *Crítica de la Razón Dialéctica*, (Tomos I y II), Buenos Aires: Editorial Losada.
- Voltaire (1990), *Filosofía de la Historia*, Madrid: Editorial Tecnos.